

dioses mortales; nosotros no queremos adorar más que al Dios inmortal, que predica Remigio.» De este modo, lo que no se había visto jamás, todo un gran pueblo, con su jefe, se convirtió al Cristianismo en un solo día, y la gracia del sacerdocio de un hombre acabó lo que la piedad, el celo y las oraciones de una mujer habían comenzado.

§ XXXIV.—Continuación del mismo asunto.—Magnífica ceremonia del bautismo de Clodoveo y de los francos, y papel importante que en él desempeña Santa Clotilde.—Amirable carta del Papa á Clodoveo, felicitándole por su conversión.—Las esperanzas del Santo Pontífice realizadas.—Desde este momento la Francia se hace la hija de la Iglesia y consagra su espada para defenderla.—La nacionalidad francesa se forma entonces en la unidad de la fe.—Esfuerzos de Santa Clotilde y de San Remigio para reemplazar en la corte el elemento bárbaro con el elemento cristiano.—La hermana de Clodoveo abraza la virginidad.—La Francia lo debe todo á Santa Clotilde y al Catolicismo.

San Remigio se dedica, por consiguiente, á instruir á los hombres y Santa Clotilde á las mujeres; pero no bastando estos dos operarios para segar por sí solos el vasto campo que ellos habían sembrado y que la gracia celestial había fecundado, hicieron ir de todos los puntos de la Gaula obispos y sacerdotes en gran número, para que les ayudasen en aquella obra evangélica. La instrucción se hizo cuasi tan rápidamente como la conversión. No hay necesidad de disputar con los espíritus dóciles que quieren sinceramente creer, y el Evangelio nos atestigua que, durante la predicación del Señor, un guerrero había excedido á todo Israel en la prontitud y en la perfección de su fe. (Matth.) Estando ya bien dispuestos los nuevos catecúmenos, se fijó para regenerarlos por el bautismo el día de Navidad, y por nueva Belén la iglesia de San Martín, la tumba venerada de las Gaulas. Á fin de impresionar vivamente los ojos de aquellos hombres de hierro, que la gracia había convertido en humildes ovejas del Evangelio, San Remigio y Santa Clotilde desplegaron en la ceremonia todo el esplendor y todo el brillo de las pompas del culto cristiano.

La iglesia estaba extramuros de la ciudad y á ella se dirigieron en procesión. Todas las notabilidades cristianas de la antigua Gaula

abrían la marcha; un clero numeroso las seguía; los obispos y presbíteros estaban vestidos con toda la magnificencia de sus ornamentos de iglesia. Después iba San Remigio, llevando al Rey de la mano; después Santa Clotilde entre dos princesas hermanas del Rey; después más de tres mil guerreros de su ejército, la mayor parte oficiales, que su ejemplo había convertido á Jesucristo; á éstos seguían muchos millares de mujeres y de niños: todos ellos iban vestidos de catecúmenos; y finalmente, una multitud inmensa de cristianos, que deseaban ser testigos de la grande alianza que se iba á estipular entre los francos y los galos, en la unidad de la fe, por las manos de la religión. Se cantaban himnos y letanías; las calles estaban cubiertas de flores; las paredes estaban adornadas con ricas colgaduras desde la casa del Rey hasta la iglesia; perfumes orientales, quemados en incensarios griegos, esparcían á lo lejos los más suaves olores, y el humo se elevaba en medio de tapiicerías de oro y de seda. La felicidad reinaba en todos los corazones; lágrimas de gozo corrían de los ojos de todos; aclamaciones alegres salían de todas las bocas. Jamás se había visto un espectáculo más magnífico ni más tierno. Conmovido y admirado Clodoveo de aquella pompa cristiana, exclamó: «Remigio, ¿es éste acaso el cielo que nos has prometido?—No, hijo mío, le respondió el gran obispo; esto no es más que el principio del camino para llegar á él.» Estas palabras redoblaron el santo entusiasmo de los francos. El bautisterio era una gran pila de agua pura y bendita, y estaba colocado bajo el atrio del pórtico. Clodoveo, seguido de sus hermanas y de los jefes principales de su ejército, se acercó á él y pidió ser bautizado. Entonces San Remigio, revestido con los ornamentos pontificales, extendiendo la mano sobre su cabeza, le dijo con una voz sonora: «Sicambro, inclina el cuello bajo el yugo del Señor, adora lo que hasta aquí has quemado, y quema todo lo que hasta aquí has adorado.» «¡Graves y terribles palabras, dice M. Capefigue, que anunciaban el tránsito de una civilización á otra!» San Remigio hizo en seguida confesar á Clodoveo la fe en la Santísima Trinidad, le bautizó y le puso en la frente el sagrado crisma, origen de la fortaleza del cristiano. De las dos hermanas del Rey, la una, llamada Matilde, era arriana, y la otra, llamada Albofreda, era pagana. San Remigio reconcilió á aquella con la Iglesia por medio de la santa unción y regeneró á ésta por medio del bautismo.

Todos los jefes recibieron la misma gracia de manos del santo arzobispo y todos los demas de manos de los obispos y de los presbíteros que se hallaban allí reunidos. «Y como señal, prosigue el citado historiador, de la situacion pacífica de las almas y del cambio que se habia obrado en ellas, Clodoveo y sus salvajes compañeros, cubiertos hasta entónces de armas y de vestidos groseros, se pusieron la vestidura blanca de los neófitos, signo de paz, que hacia entrar á una de las más fieras naciones conquistadoras bajo las leyes del orden y de la obediencia.

El ilustre San Abito, obispo de Viena, no habia podido asistir con sus colegas los obispos de la Gaula á esta gran solemnidad. Por esta razon escribió al Rey neófito una admirable carta de felicitacion, que fué una magnífica profecía de los inmensos y preciosos resultados que habia de tener, y que tuvo en efecto, la conversion de Clodoveo.

La noticia de esta conversion llenó de gozo á todo el mundo cristiano. El arrianismo dominaba entónces en los palacios de los monarcas que se llamaban civilizados, lo mismo que en los de los príncipes bárbaros. El emperador de Oriente, Anastasio, se habia entregado en cuerpo y alma á los eutiquianos. Teodorico en Italia, Alarico en España y en Aquitania, Godebaud en Borgoña y Trarmond en África, eran fogosos arrianos. En tal situacion, era un acontecimiento de la mayor importancia para la Iglesia la conversion de un rey poderoso y de todo su pueblo, regenerados al Evangelio por la verdadera Iglesia, y colocados desde el primer instante bajo el imperio de la fe de Nicea. Apoyada en esta fuerza, podia la Iglesia luchar en adelante con mejor éxito contra los restos de la supersticion romana y contra los atentados sacrílegos de la herejía. Ilustrado por la luz de lo alto el santo pontífice Anastasio, que gobernaba entónces la Iglesia universal, comprendió la inmensa importancia de esta conversion, que en la persona de Clodoveo y de sus sucesores daba á la Iglesia príncipes poderosos y un pueblo sumiso, que se gloriaba de profesar la religion católica y de defender la Iglesia. Él escribió, por consiguiente, á Clodoveo una carta en la que le felicitaba por la buena voluntad que manifestaba en el servicio de Dios; él le dió el título lisonjero, honroso y venerado de *su dichoso hijo*, manifestando de este modo que colocaba á los reyes de Francia en primer lugar en el afecto y en la confianza de la

Iglesia; él le deseaba la victoria entre sus enemigos, que en adelante serian tambien los enemigos de la Iglesia; él le llamaba *el Rey de los francos*, consagrando, al parecer, de este modo la monarquía francesa, que tanto habia de brillar en el mundo. Ved aquí esta importante carta; no puede leerse cosa más patética ni más deliciosa:

«Nos os felicitamos, muy glorioso hijo, porque vuestra entrada en la fe cristiana ha coincidido con nuestra entrada en el pontificado. La silla de San Pedro no puede dejar de llenarse de gozo cuando ve que la plenitud de las naciones corre hácia ella, cuando ve que la red que al pescador de hombres, al portero del cielo, se le mandó tender, se llena á traves de los siglos. Esto es lo que hemos querido hacer saber á vuestra serenidad por medio del sacerdote Umerio, á fin de que, sabiendo el gozo de vuestro padre, crezcáis en buenas obras, pongáis el colmo á nuestro consuelo, seáis nuestra corona, y la Iglesia, vuestra madre, se regocije de los progresos del gran rey que ella acaba de dar á luz para Dios. Glorioso é ilustre hijo, sed vos el consuelo de vuestra madre, sed, para sostenerla, una columna de hierro; porque la caridad de muchos se entibia y por la astucia de los malos nuestra barca es azotada por una furiosa tempestad; pero Nos esperamos contra toda esperanza y alabamos al Señor porque os ha sacado del poder de las tinieblas para dar á su Iglesia, en la persona de un príncipe tan grande, un protector capaz de defenderla de todos sus enemigos. Dignese el Dios omnipotente concederos á vos y á vuestro reino su celestial proteccion; mande Él á sus ángeles que os guarden en todos vuestros caminos y os conceda victoria sobre todos los enemigos que os rodeen.» (*Epist. Anast. PP. ad Clodov. Spicileg.*, tomo v.)

Estas esperanzas del Santo Pontífice en la fe y en el poder de la noble nacion de los francos y de su jefe no fueron fallidas. Desde que Clodoveo conoció la fe católica, la amó y se consagró á ella de todo corazon; él construyó la más antigua basilica de París, y para manifestar su adhesion á la Santa Sede, la dedicó á los príncipes de los apóstoles, San Pedro y San Pablo (1). El dia de su bautismo

(1) Ved aquí las circunstancias en que fué edificado este templo, y en que Clodoveo manifestó su celo por la verdadera fe, y su santa esposa su mucha piedad. Habiendo sido curado milagrosamente de una fiebre obstinada por las oraciones de San Severino, abad de Agauna, dijo á los grandes de su corte y

y del de sus compañeros de armas fué el día en que la Francia y la Iglesia se unieron para siempre, en que sus intereses se mezclaron y se identificaron de tal manera, que desde entónces las pérdidas y las glorias de la una han sido las pérdidas y las glorias de la otra; y que ni la Iglesia ha podido, en cierto modo, pasar sin la Francia, ni la Francia sin la Iglesia. Al hacerse católico Clodoveo se hizo la mano fuerte del episcopado y consagró su espada y la de la Francia á la defensa de la Iglesia. En virtud de esta consagracion, sus gloriosos sucesores Carlos Martel, Pipino (1), Carlo-Magno, Godofredo y Tancredo, pelearon por la independenciam, por la libertad y por los dominios de la Iglesia como por su propia independenciam y por su propia libertad. Semejante la Francia á un hijo de buen corazon, pero demasiado vivo, pendenciero y bullicioso, que, á pesar de usar de algunos modales un poco bruscos y aún insolentes con su madre, le conserva, sin embargo, mucho cariño, y es capaz de acometer á cualquiera que le haga el menor daño; la Francia, repito, ha vejado alguna vez y ha maltratado á la Iglesia, pero siempre le ha conservado el mayor cariño; ella la ha asistido con

á los generales de sus tropas: «Yo tengo un gran disgusto de que esos arrianos (los visigodos) ocupen una parte de las Gaulas; vamos, con el auxilio de Dios, á vencerlos y á conquistar ese país.» Todos aprobaron esta proposicion, porque todos los que rodeaban á Clodoveo participaban de su espíritu de fe y de su valor. Al día siguiente el ejército de los francos se puso en marcha hácia Poitiers, donde Alarico se encontraba entónces. Mas no queriendo Clodoveo emprender esta expedicion por la gloria de Dios sin comenzar por atraer sobre ella las bendiciones de Dios, dió sus órdenes para edificar una iglesia en honor de San Pedro y San Pablo, sobre el sepulcro de Santa Geneveva, que habia muerto pocos años ántes. Esta fué al principio una capilla hecha de madera; pero despues Clodoveo, por consejo de Santa Clotilde, la convirtió en un templo grande y magnífico, que él comenzó y que despues de su muerte acabó la santa reina. (Greg. de Tours et Hiem.)

(1) Este Pipino, el primer gran monarca de la segunda raza de los reyes de Francia, debió las virtudes con que ilustró su reinado, lo mismo que su devocion y su generosidad para con la Santa Sede, á los consejos y á las inspiraciones de la virgen Santa Godoula, su hermana, instruida en la santidad por Santa Gertrúdis, virgen como ella, que era ademas su madrina y su tia. La santidad parecia que se habia hecho entónces hereditaria entre las princesas de Francia. Pero no podemos detenernos más á hablar de estas santas princesas de la córte de Francia, porque debemos asistir al espectáculo de los inmensos bienes que ciertas princesas de esta misma córte hicieron en España.

generosidad, la ha defendido con entusiasmo contra los infieles, los herejes, y contra todas las usurpaciones de las potencias alemanas.

Debemos recordar que, como ya hemos visto, por el celo y la vigilancia de los grandes apóstoles de la Gaula, tales como San Ireneo, San Hilario, San Martin, San German, San Lope y San Remigio, las poblaciones galo-germanas eran entónces cuasi todas cristianas, y aún las únicas que el arrianismo no habia contagiado, sino que se habian conservado sinceramente católicas; así, pues, sólo por el Catolicismo podian obtenerse sus simpatias, se podian unir, se podian fundir y fundar de ellas una grande y poderosa nacion. Esto fué lo que sucedió en efecto. Por donde quiera que los francos católicos llevaron sus armas, encontraron ciudades y pueblos dispuestos á recibirlos y á someterse á su imperio (1).

«Ved aquí, pues, dice á este propósito M. Rohrbacher, lo que era, segun lo que ya hemos visto, el gobierno del primer Rey cristiano de los francos. Los obispos, pastores y padres de sus pueblos, y entónces su único refugio, le aconsejaban que gobernase de manera que se hiciese amar, protegiendo á los débiles, socorriendo á los pobres, redimiendo á los cautivos y recibiendo bien á los extranjeros. Clodoveo escuchó unos consejos tan sabios, que fueron los primeros fundamentos del reino de Francia. Su buena inteligencia con los obispos le hizo su ejecucion fácil y durable. El efecto fué prodigioso. Todas las poblaciones de las Gaulas se apresuraron desde entónces á formar la Francia, y obligaron á los borgoñones y á los visigodos á hacerse más humanos.» (Lib. xxxiv.)

Se ve, pues, que la fe religiosa de Clodoveo fué el cimiento de la union política de aquellos diferentes pueblos, y el principio de la nacionalidad francesa. Puede decirse tambien que desde entónces se hizo el Catolicismo uno de los elementos esenciales de la nacio-

(1) Fleury ha notado igualmente que «desde la conversion de Clodoveo, los francos eran deseados por todas partes, y que todos deseaban tenerlos por señores.» (Lib. xxxi, parágrafo 3.) Los mismos obispos católicos participaban de esta simpatia de los pueblos y esto fué causa de que los persiguieran y los arrojarán de sus sillas los visigodos, que les echaban en cara que querian someterse á los francos. San Aprúnculo, obispo de Langres; San Quinciano, de Rodas; San Voluciano, de Tours, y San Verús, su sucesor, fueron de este número. Así, pues, por el martirio se cimentó la alianza de los francos con los obispos y de la Francia con la Iglesia.

nalidad francesa, de modo que las palabras *católico* y *frances* se hicieron sinónimas, y que, con respecto á la religion, la Francia nunca ha sido, nunca será ni podrá ser hereje ni protestante, sino que siempre será católica ó nada.

Santa Clotilde, despues de la conversion de su regio esposo, redobló su actividad y su celo, y multiplicó sus buenos ejemplos, á fin de hacer que reinasen en aquella córte medio salvaje las más bellas virtudes del Evangelio. Su hija única, llamada tambien Clotilde, como ella, educada bajo su direccion, se hizo una santa y una mártir; porque, habiéndose casado con Amalarico, rey de los visigodos en España, y atormentada por su esposo, fanático arriano, para que se hiciese arriana, triunfó de los tormentos que diariamente le hacia sufrir, y léjos de abandonar el Catolicismo, fué ella quien lo introdujo en aquella córte hereje, de modo que de la *monarquía cristianísima de Francia* salió la *monarquía católica de España*.

Educada la princesa Albofreda, hermana de Clodoveo, en la misma escuela de Santa Clotilde, se hizo tambien una santa, cuasi al mismo tiempo que se hizo cristiana; no contenta con haber renunciado al culto de los ídolos, renunció tambien á los ídolos del mundo. Ella no quiso ni áun oír hablar de matrimonio; ella se consagró al Señor con el voto solemne de virginidad, y poco tiempo despues terminó una vida de ángel con la muerte de una santa. Su panegérico se halla en esta breve carta que San Remigio escribió al Rey para consolarle de esta pérdida, que le habia afectado profundamente: « Yo participo mucho, le dice, del dolor que sentís por la muerte de vuestra hermana Albofreda, de gloriosa memoria. Pero su santa vida, y la muerte que la ha coronado, debe servir de consuelo. Jesucristo le concedió la gracia de recibir la bendicion de las vírgenes; no se debe llorar á la que fué consagrada al Señor, y que ha recibido en el cielo la corona de la virginidad. » (Labbe, tom. iv.) Albofreda fué la primera que profesó la virginidad en el palacio de Francia, y que infundió en él aquel espíritu de castidad que, desde la primera Santa Clotilde hasta la última Santa Clotilde, hermana de Luis XVI; desde Albofreda hasta Isabel, hermana del mismo Rey mártir, con pocas excepciones, ha hecho tan grandes y tan admirables á las princesas de la casa real de Francia, y ha permanecido siempre en ella como una

censura severa, como una protesta viviente y una especie de compensacion del libertinaje de los hombres.

San Remigio por su parte, en correspondencia continua con Clodoveo (véanse las *Cartas de San Remigio á Clodoveo*, en el tomo primero de los *Concilios de la Gaula*), y emprendiendo con frecuencia el viaje de Reims á París, no cesaba por su parte de trabajar para inspirar al Rey y hacerle poner en práctica, con actos de la soberanía, los verdaderos principios del derecho público cristiano. Es verdad que Clodoveo no renunció de pronto á los actos de esa política propia de los bárbaros, que no forma escrúpulo de matar con su propia mano á los que ella cree que lo merecen, y de hacer del homicidio un medio de seguridad personal. Es verdad que él fué cruel, no con el pueblo, sino con los miembros de su familia que reinaban en otros países. Es verdad tambien que sus hijos, Clodomiro, Clotario y Childeberto, á pesar de que profesaban y honraban la verdadera religion, no siempre la practicaban; es verdad que entre ellos la ferocidad y la perfidia de los bárbaros se sobreponia muchas veces á la justicia y á la humanidad de los cristianos, y que mancharon sus manos con la sangre de sus parientes; pero borrar enteramente de aquellas razas feroces el elemento bárbaro con el elemento cristiano, humanizar la brutalidad y civilizar la barbarie, era una obra inmensa, era obra del tiempo. Entretanto, la legislacion de Clodoveo, lo mismo que la de sus hijos, dejaba poco que desear bajo el punto de vista cristiano; porque por los esfuerzos reunidos de Santa Clotilde y de San Remigio, la *monarquía de los francos* se habia penetrado ya del espíritu cristiano, principio de toda justicia y de toda civilizacion, que el tiempo debia desarrollar despues en todas sus consecuencias por la accion de Iglesia católica, que es la única regla viviente de la perfeccion de los individuos, de los gobiernos y de las naciones. De este modo se echaron entónces en Francia los fundamentos de esa *monarquía cristiana*, tan diferente de la *monarquía pagana*; de esa *monarquía cristiana* que ha hecho de sus príncipes los padres de los pobres, los protectores de los débiles, los representantes de la justicia, de la misericordia y de la providencia de Dios en la tierra, y al mismo tiempo los hijos afectuosos y los valientes campeones de la Iglesia.

Por consiguiente, la conversion de Clodoveo, que hizo de la

Francia la primera de las naciones cristianas, y aún de las naciones del mundo, y la hija primogénita de la Iglesia, fué un gran acontecimiento. Pero este gran acontecimiento, lo repito, fué obra de una mujer: á una mujer fué á quien eligió Dios para llevarlo á efecto. San Remigio tuvo en él mucha parte, pero Santa Clotilde fué quien lo comenzó y lo preparó, obrando sobre el alma de Clodoveo como el espíritu del mismo Dios, con una suavidad fuerte y una fuerza suave, con un celo que nada omite y con una fuerza de voluntad que triunfa de todo; Santa Clotilde fué quien llamó en su auxilio para una obra tan grande al gran arzobispo del reino, preparándole el camino, proporcionándole los medios, comprendiendo sus miras y secundando sus esfuerzos. Resulta, pues, en último análisis, que la Francia es lo que es por la piedad ilustrada, el afecto y el celo de una mujer católica, y que á una mujer católica debe ella los primeros elementos de su grandeza, de su fuerza y de su gloria.

§ XXXV. — Santa Radegonda, esposa de Clotario I. — Su piedad en la corte. — Su retiro y su consagración á Dios por el voto de castidad. — Encerrada en un convento, no por eso deja de hacer grandes servicios al Estado. — Prodigios de su penitencia, de su humildad y de su piedad. — Celebridad del monasterio de Poitiers, fundado por ella. — El poeta Fortunato le debe el desarrollo de su talento y su santificación. — Gran bien que ella hizo á la Iglesia. — Su admirable testamento y su muerte.

La segunda de las santas y grandes reinas de Francia, que tanto bien hicieron á la Iglesia y á la nacionalidad francesa, fué Santa Radegonda, princesa real de la Turingia, pero pagana, á quien Clotario I, que la habia hecho prisionera, hizo instruir en la religion cristiana. Regenerada por el bautismo, se penetró tan bien del espíritu del Cristianismo, que no quiso más esposo que Jesucristo. Este piadoso deseo no lo abandonó jamas, aún cuando fué obligada á aceptar la mano del Rey á quien pertenecia como su prisionera. Esta era una princesa de un gran talento y de una rara hermosura; pero su prudencia y su piedad eran superiores á todo elogio, y el encanto de sus virtudes, mucho más que el de su rostro, formaban la admiración y la ventura de su brutal marido y de toda la corte.

Sus mayores delicias consistian en ir á servir á los enfermos en

el hospital que ella habia fundado en Haties, donde habia sido educada. Enemiga del lujo y del fausto, tenia por perdido todo lo que no daba á los pobres. Ella se levantaba con frecuencia á media noche para consagrarse á la oración. Sus vestiduras de reina ocultaban un rudo cilicio de anacoreta, que cubria sus carnes inocentes; y aún en la mesa del Rey encontraba el modo de practicar la abstinencia más rigurosa. Clotario, que, á pesar del horrible desorden de sus costumbres, sus matrimonios incestuosos y sus concubinas, la amaba apasionadamente, decia con frecuencia: «No es una Reina lo que yo poseo en esta mujer, sino una religiosa.» Sin embargo, esta religiosa no dejaba de ser una Reina perfecta: ella procuraba contener los excesos del Rey; ella le inspiraba sentimientos cristianos para con su pueblo, y le inclinaba á los deberes de justicia, á los actos de clemencia y al respeto á la religion. Por su influencia eligió el Rey á San Eloy por su ministro de Hacienda, y á San Ouen por su canciller. El bien que se hacia entonces en la corte procedia todo de ella, y el mal que se dejaba de hacer era impedido por ella. Ella parecia un ángel encargado de guardar y reprimir á un demonio. Pero instado continuamente á fin de conseguir el permiso real para retirarse de la corte y consagrarse á Dios, Clotario se lo concedió al fin.

Alegre por haber alcanzado lo que tanto habia deseado, se fué á la iglesia, ofreció en el altar las vestiduras reales que se acababa de quitar, y dividiendo en pedazos un magnífico collar de oro, lo distribuyó á los pobres. En seguida trató de visitar á los grandes santos de la época, para aprender de ellos á caminar por las sendas de la más alta perfección, y los santuarios más célebres de la Gaula, entre otros el sepulcro de San Martin, donde ofreció todo cuanto le quedaba de algun valor. (*Act.*, 55, 13 Aug.) Cuando ella satisfizo su devoción, se retiró á un territorio que el rey le habia dado, en los confines de la Turena, cerca de Noyon, con un gran número de jóvenes vírgenes que se habia asociado, y pidió á San Medardo que le diese el velo de las religiosas.

Se presentó en la iglesia, y como San Medardo dudase, Radegonda entró en la sacristía, se vistió ella misma el hábito religioso, volvió al altar, y postrándose á los piés del santo obispo, le dijo: «Si diferis más el concederme la consagración que os pido, daréis á conocer que temeis más á los hombres que á Dios.» No hubo me-

dio de resistir á una decision tan firme y tan fuerte. Y á pesar de la oposicion de los señores francos que asistian á aquella escena, San Medardo le permitió pronunciar sus votos, le dió el velo, é imponiéndole las manos, la ordenó diaconisa de su iglesia.

Retirada del mundo Santa Radegonda, continuó, sin embargo, haciendo bien al mundo, y prestando los más grandes servicios al Estado y á la religion. En tanto que la famosa Fredegonda, como el demonio de la discordia, atizaba el ódio y la guerra entre los reyes y los reinos, Santa Radegonda, semejante al ángel de la paz, hacía todo lo posible por reconciliarlos; les escribía las cartas más enérgicas, y hacía con este fin largos ayunos y oraciones; y si no pudo impedir siempre la guerra, lo impidió al ménos várias veces. Por otra parte, sólo el ejemplo de su vida debió suavizar aquellos caracteres feroces, pero cristianos. (Rohrbacher, lib. xv.)

Bien pronto fundó ella un gran monasterio en Poitiers, donde se consagró á la penitencia de tal manera, que excedió á los más rígidos solitarios. El cilicio que ella se habia puesto cuando todavía se hallaba en la córte, no se lo quitó jamas. Todos los años pasaba la Cuaresma encerrada en una celdilla, sin comer más que dos veces á la semana, y esto habia de ser sólo pan y legumbres. El poeta Fortunato, que era el limosnero del convento, nos dice que sólo el espíritu vivía en ella, y que la carne estaba enteramente muerta. La hija y la esposa de los reyes dormía sobre un poco de ceniza; y mientras que las religiosas dormian, se levantaba ella para limpiar sus zapatos y para hacer los servicios más humildes de la casa, como si fuese la última criada de ella. El grado de superiora de la santa comunidad que ella habia fundado le pertenecía de derecho, pero ella no lo quiso admitir, diciendo: «Yo no he dejado la córte para venir á reinar en el claustro.» Y así hizo que eligiesen en su lugar por superiora del convento á la ilustre Santa Ines. Cuando le aconsejaban que mitigase sus rigores y que cuidase de su naturaleza debilitada, respondia: «Yo no he venido aquí para comer bien, sino para hacer penitencia.» De los derechos que le concedian sus títulos de reina y de fundadora, no conservaba más que el de servir á todas sus santas hijas espirituales, áun cuando ellas lo rehusaban. Estas eran las doncellas más nobles del reino, que la fama de Santa Radegonda habia reunido en torno de ella. Allí se encontraron á un mismo tiempo cuatro hijas de reyes, y bajo la direccion

y en presencia de la admirable vida de su santa madre, todas estas religiosas rivalizaban en celo en la práctica de las más sublimes virtudes. Ellas empleaban en el servicio de los pobres todo el tiempo que no invertian en orar y en meditar, de modo que el monasterio de Poitiers se hizo, despues del sepulcro de San Martin, el santuario más célebre de la Gaula, cuyos ejemplos obraban el espíritu de los pueblos, y áun en el de los príncipes y reyes, para inspirarles el arrepentimiento de sus excesos y el deseo de borrarlos por medio de grandes expiaciones.

Santa Radegonda tenia una devocion especial á las santas reliquias, y sobre todo, deseaba con ánsia tener alguna pequeña partícula de la verdadera cruz del Salvador. Ella envió con este fin algunos clérigos á Constantinopla y el emperador Justino II le envió un pedazo de aquel instrumento precioso de la redencion del mundo, adornado con piedras preciosas. San Eupronio, obispo de Tours á quien Santa Radegonda dió noticia de la adquisicion de este tesoro, se trasladó á Poitiers para trasladarlo al monasterio de la Santa, y en esta ocasion fué cuando tomó el nombre de *monasterio de la Santa Cruz*. Para esta solemnidad compuso Fortunato, á instancias de Santa Radegonda, el hermoso himno *Vexilia regis prodeunt*, que la Iglesia canta todavía en honor de la cruz. Por consiguiente, á esta mujer debemos esta magnífica pieza de poesia lírica cristiana, que es superior á las más notables piezas de poesia lírica pagana. Fortunato era al principio secretario de Santa Radegonda y administrador del convento, y despues, cuando se ordenó de sacerdote, fué su limosnero y su capellan. Santa Radegonda fué quien le obligó, lo mismo que San Gregorio de Tours, á no escribir en adelante más que para la gloria de Dios y de sus santos; y edificado por los ejemplos de una Santa tan grande, á quien llamaba *su madre*, y de Santa Ines, á quien llamaba *su hermana*, se santificó á sí mismo, y fué despues obispo de Poitiers, donde es venerado como santo.

Desde el fondo de su retiro no dejaba de velar Santa Radegonda sobre los peligros de la religion y de sus ministros, y cuando aquella horrible mujer Fredegonda, ante quien el cobarde Chilperico, su pretendido esposo, no sabía más que temblar, ayudada por dos indignos eclesiásticos, de quienes habia conseguido hacer dos obispos, se puso á perseguir á los más santos prelados, Santa Rade-

gonda fué quien tomó su defensa y su proteccion, y los salvó del furor de la nueva Herodiades. Además, para convencerse del inmenso bien que esta incomparable mujer hizo á la religion, no se necesita más que consultar la magnífica carta que le dirigieron los padres del Concilio de Tours. Ved aquí lo que, entre otras cosas, se dice en aquella carta: «Nosotros nos regocijamos, muy reverenda hija, de ver que renace en vos, por el favor divino, ese ejemplo del amor celestial, porque *la fe renace floreciente por los esfuerzos de vuestro amor*, y lo que habia entibiado el frio invierno de la vejez del siglo *se acalora con el ardor de vuestra alma fervorosa*. Pero, como vos habeis venido del mismo país de donde vino San Martin, no es maravilla veros imitar en vuestras obras sus ejemplos. Brillante con la luz de sus doctrinas, llenais de una claridad celestial los corazones de los que os escuchan. Las almas de las jóvenes vírgenes, atraídas á vos y abrasadas por las centellas del fuego divino, se apresuran á ir á vuestro seno á participar en él del amor de Jesucristo.» (Busière, *Historia de Santa Radegonda*.)

Viendo Radegonda que se acercaba su fin, dirigió una carta circular á los obispos, en que les encomendaba lo que más amaba en el mundo, su monasterio, á quien habia colocado bajo la proteccion de San Hilario y de San Martin, y rogaba á su propio obispo que la hiciera enterrar entre sus religiosas, en la iglesia que ella habia comenzado á edificar en honor de la Santísima Virgen. Esta carta, que fué como su testamento, está firmada con estas palabras: *Radegonda, pecadora*. San Gregorio de Tours, que fué invitado á celebrar sus funerales por ausencia del obispo de Poitiers, nos asegura que encontró el cuerpo de la Santa colocado en un féretro abierto; que su rostro excedia en belleza á las azucenas y á las rosas, y que, al mirarla, no hubiera podido creer que estaba muerta, si no hubiera oido á sus religiosas, desconsoladas, lamentarse como si cada una de ellas hubiese perdido á su propia madre. (Lib. iv.) Su sepulcro se hizo tambien un santuario célebre por los prodigios que Dios obraba en él, especialmente en los tiempos de las calamidades públicas que afligian á los francos. De este modo Santa Radegonda continuó siendo, aún despues de su muerte, lo que habia sido durante su vida: la gran protectora y la verdadera reina de sus pueblos.

§ XXXVI.—Profunda humildad de Santa Vátilda ántes de ser reina de Francia.—Su vida santa en la córte, sumamente ventajosa para el Estado.—Su regencia, uno de los reinados más felices para la Iglesia y para el país.—El monasterio de Corbie, fundado por ella para difundir la instruccion y la ciencia por el reino.—Santa Vátilda fué la primera de las reinas cristianas que abolió la esclavitud y que proclamó el principio de que todo cristiano es libre, principio que forma la gloria de la Francia.—Los pueblos nada pierden en ser gobernados por santas mujeres.

Santa Vátilda fué la tercera de las santas reinas que ilustraron el trono de Francia. Ella nació de una de las más nobles familias de la Gran Bretaña; pero habiendo sido hecha prisionera durante la guerra de los francos con aquel país, fué vendida como esclava á Erchinoaldo, gran maestre del palacio del rey de Neustria, que, admirado de su sabiduría, de su modestia y de su fervorosa piedad, le cobró un grande afecto, la consideró como una de sus hijas, y le dió el cargo de darle á él mismo de beber. Esta distincion, léjos de ensorberbecerla, la hizo más humilde para con sus compañeras de cautiverio. Colocada á la cabeza de ellas por la voluntad de su señor, ella se colocaba á sus piés por su propia voluntad, hasta el extremo de servirles á la mesa, de limpiar su calzado y de preparar sus vestidos. Santa Vátilda deseaba permanecer vírgen; pero Dios, que la habia destinado para hacer un gran bien en un círculo más elevado y más extenso, dispuso que el rey Clodoveo II, prendado de sus altas cualidades, la hiciese su esposa. Cuando llegó á ser reina sólo usó del poder que su nueva posicion le daba para socorrer á los desgraciados y sostener los derechos de la Iglesia. Ella respetaba á los Obispos como á sus padres, á los religiosos como á sus hermanos y á los pobres como á sus hijos. Para que le ayudase en la distribucion de los socorros que prodigaba á todos los desgraciados, el Rey le dió por su limosnero particular á San Gines, entónces abad, y despues arzobispo de Lion. Con el auxilio de un hombre tan santo, se comprende lo que pudo hacer una mujer tan santa y colocada en un lugar tan elevado. Ella era la vengadora de todas las injusticias, la protectora de todos los oprimidos y la providencia visible de todos los desvalidos. Habiendo sido encargada, á la muerte de su regio esposo, de la regencia del reino y de la tutela de sus tres hijos, el mayor de los cuales no tenía más de cinco años,

desempeñó este doble cargo con tanta sabiduría y tanta capacidad, que los grandes del reino y los hombres de Estado no pudieron dejar de admirarla y respetarla. Sus consejeros íntimos eran los obispos, especialmente San Eloy, San Ouen y San Leger. No es, pues, extraño que, tomando tanto interés por el bien de la Iglesia y del Estado, consiguiese por una parte desterrar la simonía, que deshonraba entonces la Iglesia de Francia, y por otra abolir las exacciones y los impuestos que abrumaban al pueblo. Al mismo tiempo la santa reina multiplicaba los hospitales, fundaba abadías y edificaba monasterios. El famoso monasterio de Chelles le debió su origen. Esta era una casa real, á cuatro leguas de París, donde Santa Clotilde, que le había precedido en la dignidad real como también en la santidad, había establecido una casa de doncellas en honor de San Jorge, que se había convertido en ruinas. Pero la más importante de sus fundaciones fué el monasterio de Corbie, que se había hecho tan célebre en toda la Francia, donde esta gran reina, tan celosa por la propagación de la ciencia como por el triunfo de la fe, estableció, bajo la dirección de maestros hábiles que ella llamaba de todas partes, la enseñanza de toda clase de literatura, y que, después del famoso monasterio de Lerins, fué un foco de luz y una verdadera universidad de Francia. Finalmente, la regencia de esta mujer fué uno de los reinados más felices y más brillantes de Francia, que renovó las glorias y las maravillas del reinado de Santa Pulqueria. Ninguno soberano se ocupó tanto de la felicidad de sus pueblos, bajo el punto de vista religioso, científico y político. Pero su mayor gloria, en que no se ha fijado bastante la atención, es que, siendo mujer, y habiendo aprendido el amor y el respeto al hombre en el espíritu del Evangelio y no en las frias doctrinas de filosofía falaz, hizo lo que ningún hombre pensó hacer antes de ella: abolió en Francia la esclavitud, que existía todavía, y fué el primer soberano cristiano que proclamó este principio de derecho público francés, que constituye la mayor gloria de la Francia, á saber: que el cristiano no puede ser esclavo de nadie, y que todo esclavo se hace libre al poner el pie en el suelo francés. (Feller, *Art. Sanct. Vatild.*) Así, pues, los pueblos no pierden nada en ser gobernados por una santa mujer, aun cuando ella sea tan *supersticiosa* que no tenga más consejeros que los obispos.

§ XXXVII.—Retrato de San Luis, y su elogio por Voltaire.—Este gran santo y gran rey debió su grandeza y su santidad á Blanca de Castilla, su madre, la cuarta de las santas reinas de Francia.—Maravillas de su gobierno durante la menor edad de su hijo y durante su ausencia por la primer cruzada.—Máxima que ella repetía con frecuencia á su hijo para infundir en él la santidad.—Las madres de familia no deberían olvidarla.

Todas las glorias de la cuarta gran reina de Francia se resúmen en estas palabras: *Ella tuvo por hijo á San Luis*. Ésta fué Blanca de Castilla, cuyo retrato vamos á trazar, tomando con placer los principales rasgos de una obra moderna, pequeña, pero elocuente, relativa á San Luis. «La Monarquía francesa, dice el autor, es más rica que todas las demas en individualidades poderosas. Ella ha tenido sobre el trono heroes, legisladores, genios, conquistadores y grandes políticos, que á su vez han sostenido y han pacificado al mundo. Pero San Luis fué la más alta personificación de la virtud, del heroísmo y de la piedad sobre el trono. En él brilló un conjunto de cualidades que parecían excluirse mutuamente y que ningún príncipe ha podido reunir. ¡Qué encanto derrama sobre la Historia esta figura, marcial y piadosa á la vez, grave y dulce, mística como la Edad Media!» (*Saint Louis Asens*, por el baron Chaillon des Barres.) El mismo Voltaire, en un pasaje en que la elegancia de la expresión compite con la verdad del pensamiento, hizo del reinado y del carácter de San Luis la apreciación siguiente: «Luis IX, dice, parecía un príncipe destinado á reformar la Europa, si ella hubiera podido ser reformada; él hizo á la Francia triunfante y culta, y fué en todo un modelo de los hombres. Su piedad, que era la de un anacoreta, no le despojó de las virtudes Reales; su liberalidad no se oponía á una sabia economía; él supo armonizar una política profunda con una estricta justicia, y tal vez él es el único soberano que merece esta alabanza. Prudente y firme en el consejo, intrépido en los combates sin ser orgulloso, compasivo como si siempre hubiese sido desgraciado, no es dado al hombre llegar á más alto grado de virtud.» Ved aquí lo que escribió Voltaire de San Luis, y ciertamente se ha dicho con mucha razón que el mayor de los milagros de San Luis es el de haber obligado al mismo Voltaire á hacerle esta justicia.